

Lo primitivo: un comienzo que nunca termina



MARCELO VIÑAR¹

«Yo llegué al mundo cuando la película ya estaba empezada», protestaba Mafalda de Quino, frente a un mundo tan complejo que la acorralaba en la perplejidad. Lo mismo ha ocurrido desde el hombre primitivo hasta la actualidad. Es este estado de ánimo que nos empuja a esa actitud «interrogativa y autoteorizante» que ha puesto de relieve Jean Laplanche, es cuando estamos atónitos, que ese posicionamiento adquiere plena vigencia. Buscar un comienzo: ¿de qué?, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿quién?, ¿el sujeto?, ¿la vida?, ¿el universo?



Arché o Arké no figura en el diccionario de la RAE (18ª. edición) ni en la Enciclopedia Universalis de Francia (1968) donde se reemplaza por mentalidad arcaica y el texto comienza por declarar la dificultad para localizar una definición precisa y se derrama en explicaciones alusivas o elusivas sobre diversos territorios de lo antiguo, primitivo, etc. Esta imprecisión revela una cualidad insistente del pensamiento humano, su carácter recursivo (entre la mimesis y la creación) que nos empuja, irresistiblemente, a la búsqueda de un pasado precursor y —si es posible—, fundador. Los seres humanos somos transitorios o efímeros, pero somos eslabones de

1 Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marvin@belvil.net

una cadena interminable en constante mutación. Definir un punto de partida, marca los itinerarios a recorrer y aquellos que se excluyen, parece ser una necesidad lógica más que un evento puntual realmente acontecido. Creo que Freud, por un problema de las necesidades de su construcción teórica, distingue lo arcaico (Ur), el estado primordial (Urzustand), de lo primitivo... El primero nunca fue observado mientras el segundo se ha podido ver en algunas tribus (Gil, 2001).



Lo cierto es que un día —en un tiempo interior que siempre habitamos— nos dimos cuenta de que estábamos vivos, porque sentimos placer o dolor y así descubrimos el afecto y el sentimiento de mismidad.

En ese momento no dudamos de la armoniosa coincidencia entre el mundo percibido y nuestra mente percibiéndolo y así accedimos al primer universo del sentido. Ese tiempo mítico tiene una fecha y una edad imprecisa, o estalla en momentos distintos. Pero tenemos la certeza de que ocurre porque cuando falta o queda tenue, dará lugar a una defensa autista o a la personalidad difusa que sugiere el falso self de Winnicott.

Freud argumentó el complejo de Edipo como referente fundamental; en una época en que la monocausalidad era criterio de cientificidad y exigía una causa prínceps. Hoy día, sin renunciar a la referencia edípica, me gustaría añadir los imaginarios colectivos diversos, propios de cada lengua y cultura (Castoriadis, 2013), yo no sería el mismo si hubiera nacido en India o en Groenlandia, antes o después.

Dar cabida a la multiplicidad de factores interactuantes es imprescindible para algunos y pecado para otros, que temen perder la especificidad del psicoanálisis.

Para acortar la distancia entre ficción y realidad hoy es necesario rediscutir estos conceptos.

Para Edgar Morin es necesario restablecer los puentes (o pasarelas) entre la ciencia y el ciudadano. La herencia freudiana no es una Biblia, es el constante cabalgar por las tierras ignotas que nos brinda cada tiempo y cultura. ¡Y vaya si el siglo XX no ha traído hondos cambios y nuevos desafíos!

Aunque aquella congruencia entre la cosa y el intelecto fue fugaz y pronto fracasa, Ortega y Gasset (1981) la considera como una experiencia radical, porque es el tronco común del cual se parte para marcar sus insuficiencias y construir un sujeto crítico, pensante, atento, al que lo obvio le resulte fuente de las mayores cegueras. El sujeto escindido, o descentrado de la experiencia freudiana, que acepta su incompletud.

En verdad, ese momento de descubrimiento no es en soledad sino inducido o impuesto por el relato del entorno familiar, que nos asigna un número de cualidades identitarias (transparentes o enigmáticos): le llamamos Prioridad del Otro.

En esa fuente de amores, seducciones y complicidades también ocurre una encarnizada batalla, con algunos «No», como precoces gritos emancipatorios. Dice Silvia Bleichmar en *La subjetividad en riesgo* (2005) ... las crías de seres humanos están destinadas a humanizarse en la cultura. Esto... «Marca un punto insoslayable de su constitución: la presencia del semejante es inherente a su organización misma... la recibimos junto con la leche— el odio y el amor...».

A este zócalo identitario fundacional de la mente humana, construido de «evidencias» y «sospechas» podemos tildarlo de Arché de nuestra condición de sujetos hablantes, pero precedido por un largo y sustantivo tiempo infans empapado de experiencias preverbales intensas, enigmáticas y decisivas. Cuando nos preguntamos quiénes somos y de dónde venimos ya mucha agua ha corrido bajo el puente y modelado nuestras aristas distintivas. Antaño hablábamos de Sujeto con una pretensión de permanencia de la idea. Hoy el vértigo de los cambios es tan veloz que nos obliga a pensar en el ritmo y la dirección de los cambios; y hablamos de procesos de subjetivación y de des-subjetivación, por modificación de escenarios endógenos, intrapsíquicos o cambios inesperados en un mundo en convulsión.



Freud marcaba tres niveles en la actividad del pensar: el pensamiento animista, el religioso y el racional o científico. El más primitivo —el animista— propio del niño, del salvaje y del neurótico, está construido o poblado por certezas absolutas. No existe solo en los comienzos de la vida, sino que es-

tablece una tensión permanente con el pensamiento consciente y ordinario que habitamos y nos habita en la edad adulta. El lapsus, el acto fallido y el escenario onírico fueron las «pruebas» de su persistencia que promueven la afirmación freudiana de que las experiencias primitivas son imperecederas. Algunos tics y sueños diurnos también amplían el territorio de su vigencia; eso hondo y abismal, indefinible pero que nos hace distinto de los demás.

A diferencia de los animales que solo viven un presente perpetuo (situacional y adaptativo), los humanos poseemos la capacidad de mentalizar un tríptico donde la actualidad se ve escindida o interrumpida por pensamientos que invocan un pasado y proyectan un futuro. Nuestro tiempo interior es un tríptico de evocaciones y anhelos.

Para el lingüista Noam Chomsky y el antropólogo Jean Pierre Vernant (2004) esta capacidad recursiva del pensamiento es exclusiva y definitoria de la especie humana. El fonema es la base material que nos permite construir un pensamiento simbólico: podemos invocar objetos en ausencia de su percepción actual e incluso crear palabras, conceptos y realidades que no existen en el mundo de la naturaleza. Esto define la arista más relevante de nuestra especie: la de ser seres hablantes. Allí reside nuestra gloria y nuestra penuria.

Pero este viaje infinito a un pasado precursor no debe olvidar la consigna que nos legó Miguel de Unamuno: debemos ser más padres de nuestro futuro que hijos de nuestro pasado; toda memoria encierra un proyecto.



Inmersos en la revolución digital, nuestra relación con la lengua está cambiando de manera acelerada. La interacción entre acto y palabra, que regulando los dilemas de una subjetividad contemporánea, me sugieren un declive de las prohibiciones y una facilitación del pasaje al acto. En vez de ser sujeto —sometido o rebelde— a un orden que lo trasciende, el sujeto posmoderno —dice Barrán— le da «primicia al deseo de ser lo que quiere ser». El equilibrio entre los tiempos transitivos y los tiempos reflexivos que ofrecían los escenarios de la modernidad sólida, han sido reemplazados por un empuje a llevar al acto los impulsos que propician el deleite inmediato.

Me permití este paseo, en apariencia distante de la clínica psicoanalítica, para poner en evidencia que los enigmas del origen —la Arché— no es privativa de nuestra disciplina sino compartida con antropólogos y astrofísicos. Ayer miraba en *National Geographic* un documental donde se explicaban las conjeturas sobre el origen de la vida: polvo de estrellas, hoy llamados carbono y nitrógeno, el H₂O, como ingredientes infaltables y la energía de miles de rayos eléctricos en la atmósfera, para activar los ingredientes Arché del universo... ¿de la vida?, ¿de la humanidad?

Es incómodo situarse como un eslaboncito insignificante de esa inmensidad inabarcable. Tomemos la tajada que nos toca: abrumado, y para salir del aturdimiento, sigo el consejo de Z. Bauman: cuando la realidad del problema es inabarcable hay que acotar su complejidad a la escala de nuestra arista de comprensión.



Como siempre he tenido dificultad en tomar como punto de partida la noción de Represión Primaria, prefiero fijar la Arché en la prematuralidad al nacer y la indefensión y dependencia extrema que son su consecuencia. Del claustro intrauterino, donde la temperatura es constante y la alimentación permanente, a un mundo desconocido y traumático, donde alterna el bienestar y el terror. En ese Arché se construye el objeto auxiliador y el persecutorio en esa antinomia de creatividad y destructividad que durará toda la vida con múltiples figuraciones y realidades.

La inmadurez del neonato humano es asombrosa: mientras otros mamíferos disponen en pocos días de sus comportamientos definitivos, el ser humano demora años en adquirir —de manera lenta y gradual— aquellas que caracterizan la especificidad de nuestra especie. Trocando el defecto en virtud, la presencia y la palabra del semejante, es determinante en la construcción de la mismidad. Acercarse a definir que es intrapsíquico y qué interpersonal, sigue siendo un desafío y un trabajo en curso a trabajar en la interdisciplina.

El progreso civilizatorio y el retroceso a la barbarie que es tan fácil de consignar en la historia de la humanidad (Todorow, 1989) también puede observarse en la alternancia de creatividad y destructividad que observa-

mos en cualquier proceso psicoanalítico. Estamos en deuda con ahondar más en la interdisciplina sobre las interacciones entre lo individual y lo colectivo, como se influyen recíprocamente.

Arché es hoy también consignar que la dicotomía entre principio de placer y principio de realidad, o procesos primarios y secundarios que fueron una de nuestras brújulas exclusivas para navegar en nuestro oficio durante el siglo XX, resultan hoy insuficientes. Que el racionalismo puro del Siglo de las Luces contra el oscurantismo religioso vuelve a estar cuestionado de otra manera. El poder mediático parece poseer una acción sugestiva análoga a los profetas de los tiempos bíblicos; como así el crecimiento de las religiones sincréticas. Nos informan que hay bombas atómicas para destruir varias tierras, que el cambio climático, el agotamiento del agua y de los combustibles fósiles tendrán consecuencias catastróficas y seguimos alegremente sin tomar medidas. El ciudadano común difícilmente puede discernir si se trata de un delirio apocalíptico o una tragedia en curso. En ese mundo simbólico la noción de realidad, de ficción, de fantasía, de neutralidad, debe ser reinterrogada. ¿Qué efecto tendrá ese mundo televisivo en la estructuración psíquica de las nuevas generaciones?

Apoyado en la revolución digital y en la expansión exponencial de los medios de difusión, el volumen de los estímulos preceptivos excede, desborda, nuestra capacidad de procesarlos. La sobreestimulación disminuye nuestra capacidad de percepción y comprensión. Hay consenso de que la velocidad de los acontecimientos excede nuestra capacidad de metabolizarlos. «Una noticia, un minuto», dice el locutor para pasar de la guerra monstruosa al cosmético, de la tragedia a la publicidad más pueril. Existe consenso en que ese acontecer vertiginoso incide en nuestro funcionamiento mental. El problema es saber cuánto y cómo y de qué manera incide en el diálogo analítico.

Si nos guiamos por nuestra consulta, la queja tradicional centrada en el conflicto psíquico es reemplazada con frecuencia creciente, por el pasaje al cuerpo o al acto con un empobrecimiento o declive del trabajo verbal que lo problematiza. En lengua freudiana, declive de la perlaboración.

Si bien nuestro universo de casos es pequeño, desde la atalaya del consultorio puede constatarse un cambio de estilo en el pedido de análisis. Los neuróticos de antaño solían traer habitualmente una minuciosa narrativa

de síntomas, inhibiciones o malestares donde veíamos claves del conflicto psíquico, sus ansiedades y defensas, lo que configuraba nuestro territorio de trabajo, creando la figura del sujeto del supuesto saber.

Green designa aquella perspectiva como el paradigma de la cura clásica. Hoy el encuentro terapéutico está desencadenado porque el implicado o su entorno consignan un trastorno en el cuerpo y/o en la conducta y sus consecuencias, auto o hetero destructivas, que vienen acompañadas de un declive de la posición interrogadora y autoteorizante que nos brindaba el neurótico. En vez de pensar por sí mismo, brota la exigencia imperativa de que el terapeuta tenga una respuesta pronta y certera. Las estrategias para cambiar una postura catártica en otra reflexiva no son sencillas. Pero hay más y es más complejo. Los *milennials* que han transitado su primera infancia en la civilización de la imagen y de lo efímero tienen otros códigos de comunicación para establecer diálogos y lazos sociales.

Dicho esquemáticamente y como pregunta a explorar: hasta la revolución digital explorar la sintonía o la otredad con el otro concernían a los interlocutores. En las religiones sincréticas y las tribus urbanas, los códigos parecen definidos de antemano y marcan una frontera rígida entre el nosotros y los otros, que anula o apaga la diversidad y la opacidad del otro. Un régimen binario sustituye los claroscuros de lo inesperado a descubrir.

Lo que precede posiciona al analista como etnólogo; debe comprender una cultura extraña para intervenir. Si esta exigencia no se lleva a cabo, la cura —como ocurre a menudo— se volverá una yuxtaposición de monólogos o un diálogo de sordos.

La revolución digital y la mutación civilizatoria que estamos transitando, nos incita, nos exige, a buscar un nuevo Arché. Volver a Freud en su condición de explorador de tierras incógnitas sin olvidar la freudología de la modernidad sólida, pero sin quedar atrapado y desconocer lo inédito. ♦

RESUMEN

Mito del acceso a una realidad originaria y fundadora; punto de partida del itinerario de una búsqueda. Un biólogo situaría el origen de la vida en la penetración del espermatozoide en el óvulo; un psicoanalista lo haría en el relato del anhelo de una pareja humana para procrear.

Arké no es entonces un hecho material localizable en una cronología histórica, sino una opción del investigador.

Los supuestos básicos del descubrimiento freudiano no son hoy los mismos que en el tiempo del fundador; revolución digital y vértigo civilizatorio mediante.

Buscar la Arké para discernir las fronteras entre realidad y fantasía, o entre público y privado, son aristas a interrogar para entender los lazos sociales del siglo XXI.

Descriptor: LO ARCAICO / SUBJETIVACIÓN / LENGUAJE / PENSAMIENTO / CULTURA / TIEMPO / COMUNICACIÓN

ABSTRACT

The myth of access to an originating and founding reality; point of departure in the itinerary of a search. A biologist would place the origin of life as the penetration of a sperm into the egg; a psychoanalyst would place it in the telling of a human couple of their desire to procreate. Arké is not therefore a material event traceable through an historical chronology, but rather an option of the investigator. The basic premises of Freudian discovery are not the same today as they were in the times of their founder; due to a digital revolution and a civilizing vertigo. To search for the Arké to perceive the boundaries between reality and fantasy, or between public and private, are aspects to question in order to understand the social links of the 21st Century.

Keywords: THE ARCHAIC / SUBJECTIVATION / LANGUAGE / THOUGHT / CULTURE / TIME / COMMUNICATION

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Castoriadis, C. (2013). *La Institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Chamayou, G. (2004). *Las cacerías del hombre*. Montevideo: Trilce.
- Gil, D. (2001). *Errancias*. Montevideo: Trilce.
- Ortega y Gasset, J. (1981). *La historia como sistema*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial.
- Revault D'Allones, M. (2010). *Lo que el hombre hace al hombre. Ensayo sobre el mal político*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Todorow, T. (1989). *Nous et les autres*. Paris: Editions du Seuil.
- Vernant, J.P.(2004). *La traversée des frontières*. París: Editions du Seuil.